

IV

¡ Infeliz del que busca en la apariencia
La dicha, y en la efímera alabanza,
Y muda de opinión con la mudanza
De la versátil pública conciencia !

El presente es su sola providencia ;
Cede al soplo del viento que le lanza
Al bien sin fe y al mal sin esperanza ;
Que en errar con el mundo está su ciencia.

Y feliz el varón independiente,
Que libre de mundana servidumbre,
Aspira entre dolor y pesadumbre
Á la eterna verdad, no á la presente,
Conociendo que el mundo y sus verdades
Son sólo vanidad de vanidades !

V

Oh ! todo es vanidad : Dios sólo sabe
Glorificar al hombre que ha creado ;
Puede del ancho espacio ser borrado
El orbe, al són de su palabra grave ;

Mas cerneráse el Justo, como el ave
Revoloteando sobre el ponto airado,
Por encima del mundo desquiciado,
En que la misma Vanidad no cabe.

Imperios, mundos, creaciones pasan,
Como pasa vibrando por el campo,
Sin dejar huella, el repentino lampo
De aquellos fuegos que el espacio abrasan.

Mas la Virtud no muere ni se olvida ;
Que Dios le da su Eternidad por vida.

PARIS: 1859.

CASIMIRO EL MONTAÑÉS

Es lóbrega la noche : un nubarrón oscuro
De lluvias y relámpagos y de terror preñado,
Parece haber al mundo entero sepultado
Bajo su manto espeso de espanto y soledad.
Y mírase un jinete que cruza la llanura
Y luégo escala el monte, y llega á la montaña,
Y luégo por la selva ignota se enmaraña
Al són solemne y sordo de la alta tempestad.

Á saltos va el caballo las rocas escalando,
Y bufa á cada esfuerzo pidiendo siempre rienda,
Que la áspera montaña, la peligrosa senda
Parece que conozca mejor que su señor.
El rifle mal colgado la ijada le golpea,
Y atónito por tiempos retiembla estremecido,
Y del contacto insólito y tétrico sonido
Se asusta, y páрте, y párase mirando en derredor.

Parece el caballero nacido á su caballo ;
Parece que el caballo á cada movimiento
Expresa las pasiones y el vario pensamiento
Que cruzan por la mente del rústico feroz.
Y al ruido de los truenos que repercute el monte,
Y al ruido de la lluvia que el caucho le azotaba,
Así con su caballo el montañés hablaba
Sin que ese ruido ahogase el eco de su voz :

“ Noche por las tormentas arrullada,
Imagen de la muerte ! tú me guías !
Te amo, y detesto los lucientes días
Que he pasado entre angustias y terror !

Tú sola me acompañas. Ótros lloran
 Cuando tu manto sobre el mundo extiendes,
 Pero á mí tú me ayudas, tú me atiendes,
 Tú me recuerdas el pasado amor.

“Y al sepultarme en las tinieblas hondas,
 Con que del sol la odiada luz ahuyentas,
 Como el pasado bien te me presentas,
 Que me es dulce siquiera el recordar.
 Vela conmigo, mi alazán brioso,
 Y atraviesa los riscos y montañas
 Con planta cierta, y busca entre espadañas
 Y zarzas y malezas, el lugar ;

“Ese lugar que el tiempo se ha empeñado
 En que no vuelva á ver ! Corcel famoso,
 Búscales bien, que el tiempo borrascoso
 Tu vida acabará, tus bríes no.
 Búscales, mi alazán ; ésta es la hora
 En que á él me condujiste en el propicio
 Tiempo, en que por inmenso beneficio
 Tu generoso instinto invoqué yo.

“Brilla un rayo ! . . . detente !— y ótro brilla,
 Del ronco trueno al retumbante estruendo. . . .
 Ya soy feliz ! su luz va descubriendo
 La estrecha senda. En el paraje estoy.
 Á la luz del relámpago la miro. . . .
 Aquí es, aquí es : allende el negro tronco. . . .
 Que aturda el trueno ! su sonido bronco
 Ya qué me importa ? Venturoso soy !

“Detente, mi alazán ! Ésta es la gruta,
 La gruta es ésta en que feliz yo he sido.
 La borrascosa noche, y el ruido
 Que hace el viento zumbando en derredor,
 Todo me la recuerda ! *Ella* aquí estuvo !
 En su ojo negro la pasión ardía,
 Y yo en su dulce labio recogía
 Con ansia inmensa el beso del amor !

“Aquí estuvo *ella* ! Ésta es la grata hora
 En que yo estremecido me acercaba,
 Y en sus amados brazos rebuscaba
 La dicha en convulsivo frenesí.
 Pálida, al són de la tormenta airada,
 Dada al viento la espesa cabellera,
 Parecía más linda y hechicera
 Cuando buscaba protección en mí.

“Mi pecho era su arrimo ! y—yo entre tanto
 Cegado con el bien que poseía,
 Aunque en su amor, en su lealtad creía,
 No encontraba valor para vencer.
 Porque temblé, y ella tembló ;—y entonces
 Yo, confundido entre sus brazos bellos,
 Tímido, incierto, y zozobrado en ellos,
 No probé, no, la copa del placer.

“Por su inocencia púdica animada,
 La ingrata luz de antorcha al apagarse
 Vino, testigo odiado, á colocarse
 Entre su amor inmenso y mi pasión,

Y fui á abrazarla, y trémulo apartéme ;
 Y su rostro gentil anegó el llanto ;
 Y la vi desmayarse. . . . Oh ! cuánto espanto
 Tuvo, hasta de su amor, mi corazón !

“ Hoy me queda el recuerdo solamente
 Y ese recuerdo es pena, y cada instante
 Me presenta en la imagen de mi amante
 Un infierno con rostro angelical.
 Como fué grande el gozo pasajero,
 Es amargo y constante mi tormento,
 Deleite que engendró remordimiento,
 Bien que produjo ilimitado mal !

“ Á mí me arrebataron de sus brazos,
 Á otro empujaron á sus brazos bellos ;
 Y yo al salir, la pena, y él, en ellos
 Al entrar, el dolor también halló.
 Desdichado fuí yo, y él desdichado,
 Y ella también en la desdicha llora :
 Sólo el dolor por donde quiera mora :
 Ellos sin dicha, en la desdicha yo !

“ Hay en mi pecho un férvido suspiro
 Que en vano ruge y por salir batalla ;
 Al exhalarse, la opresión le acalla,
 Y ahogado vuelve á batallar allí.
 Irrevocable mi sentencia ha sido,
 Irrevocable cual de Dios el juicio !
 Ella varió : su amor no fué propicio
 Para nadie, y funesto para mí.

“ Noble mujer ! ¿ por qué la vez primera
 Que clavaste tus ojos en mis ojos,
 No ocultaste tu amor en los enojos
 Que, con tan necio orgullo, finges hoy ?
 En qué te ofendí yo ? Sólo querías
 Que el plebeyo infeliz se te humillara ?
 Hacer probar el bien porque llorara ? . . .
 Gózate, pues, que ya llorando estoy !

“ Pero quizá no siento solo : acaso
 Suspiras tú también ocultamente.
 Quien tiene que fingir dos veces siente :
 Le angustia el mal, le angustia el engañar.
 Yo no tengo testigo de mi pena,
 Pero allá entre tu pecho ¡ qué batalla !
 Yo al menos lloro : tu dolor no estalla ;
 Tú no puedes, señora, ni llorar ! . . .

“ Mas tu dolor mi pena acaso mengua ?
 Porqué, pues, me deleito ? La venganza
 No es placer para mí : dame esperanza,
 Con la esperanza aliviaré quizá. . . .
 Pero no ; no eres tú la que cometas
 Un crimen redentor : ya perpetraste
 Aquel con que la dicha me robaste,
 Ni acaso á más tu orgullo aspirará.

“ Trocadas en desdeñes tus miradas,
 La maldita beldad que te dió el cielo
 Causa mi perdición y mi desvelo,
 Y tú, señora, ríes de mi mal.

Mientras yo vago entre ásperas montañas
Tú duermes : con los tuyos ótro enlaza
Sus brazos, y esta idea despedaza
Mi corazón rebelde y criminal.

“ Miente y engaña al hombre que te tiene
Con la bendita aprobación del mundo ;
Al noble esposo, que logró segundo
De tu desdén, cabe el altar, triunfar !
Que yo entre tanto la virtud admiro
Que también guarda el contratado lazo ;
Si mi valor me ha abierto tu regazo,
Mi cuna me ha apartado del altar ! . . .

“ Ah, Estela ! Estela ! de tu amor comprado
Cómo puede él gozar ? ¿ No se presenta
Entre él y ti mi aparición sangrienta
Á enfriar tu abrazo y rechazar tu amor ?
En esta piedra tu traidora mano
Me prodigó en un tiempo sus caricias,
Y brindóme tu seno sus delicias,
Y embriagóme tu aliento abrasador.

“ Sentada en ella, pálida, convulsa,
De amor y de deleite estremecida,
Fijos tus ojos, dísteme acogida,
Y aceptaste el amor que te juré.
Qué diferencia ahora ! el sitio mismo
Mis angustias presenta y mi quebranto,
Y es el solo testigo de mi llanto,
Porque, mujer, faltásteme á la fe. . . .

“ Ah ! qué fatalidad me impele ciega
Siempre á buscarte, siempre á idolatrarte !
Obtuviste ya un triunfo, y ótro darte
Pretende mi bastardo corazón !
Y vuelo de ti en pos, y no te encuentro,
Y á los lugares voy en que estuviste,
Buscando amor ! y en ellos sólo existe
La huella que ha dejado mi pasión ! . . .

“ Ya no sufriré más ! Tú, compañero
De la desgracia que abrumarme quiere :
Llévame allá do la mujer no impere,
Donde sólo haya yermo y soledad !
Que allí contigo, por abrigo el cielo,
Y la tierra por lecho, tu bufido
Venga á herir sólo mi infeliz oído
Como postrer recuerdo de amistad.

“ Y que cerca del tronco en que yo muera
Inclinado á la tierra el cuello erguido,
Que eres el solo amigo que he tenido
Muestrés con triste y lúgubre ademán ;
Pues ya que el mundo me persigue siempre —
De la mujer y el hombre la venganza —
En tu amistad yo finco mi esperanza,
Tú llorarás mi muerte, mi alazán ! . . .

“ No, no te dejaré ! Presa serías
Acaso de algún bárbaro inhumano
Y su cruel, desconocida mano
Tu cerviz generosa azotará.
Jamás ! Jamás ! . . . Si la desgracia quiso

Á tu existencia encadenar mi suerte,
Somos inseparables ; y la muerte
Un sepulcro común nos abrirá ! . . .”

Calla, — al ijar aplica el aguijón punzante,
Y, como el rayo, páрте el animal brioso.
i Adiós ! Adiós, Estela ! el eco vagaroso
Por tres y cuatro veces doliente repitió.
Y desde el borde altísimo de risco amenazante,
Á cuyo pie un torrente sus ondas desbarata,
Lanzóse, cual se lanza la hirviente catarata,
Y así con su caballo el montañés murió.

POESÍAS

ESCRITAS EN ÁLBUMES